

SANTOS TIMOTEO Y TITO, COLABORADORES DE SAN PABLO Y OBISPOS



LA VOZ DE LA LITURGIA

Prefacio: En verdad es justo y necesario exaltarte, oh Padre, Dios todopoderoso y eterno. Por el misterio de tu gracia, que nos has otorgado generosamente en Cristo, nos has llamado y conducido al reino de la libertad y de la vida.

El designio inescrutable de tu sabiduría nos ha sido revelado por el evangelio de salvación, del que los santos Timoteo y Tito fueron anunciadores y maestros. Nos unimos a estos bienaventurados siervos tuyos, a quienes honramos hoy, y a todos los coros angélicos para cantar el himno de tu gloria. (MA 1, 289)

Las noticias históricas, tomadas de la Escritura, sobre **Timoteo**, discípulo predilecto de Pablo e hijo de padre pagano y de madre hebrea (Eunice), convertida más tarde (2Tim 1,5), nos lo presentan como miembro de una familia de creyentes (se hace mención también de su abuela Loide, además de su madre) que le educó en el conocimiento de las Escrituras (2Tim 3,14-15). Fue convertido por san Pablo durante su primer viaje misionero. Lo encontramos luego acompañándolo en el segundo y tercer viaje paulino, recomendado por la comunidad de Listra (He 16,1-3), y afrontando los peligros del apostolado (He 17,14-15; 18,5-6). San Pablo le obligó a circuncidarse para mejor desempeñar el apostolado entre los judíos; y, siguiendo al apóstol, es enviado por éste a Macedonia (He 19,22); se le encomiendan también las comunidades de Tesalónica (I Tes 3) y de Corinto (I Cor 4,17; 16,10), para unirse, por último, al grupo que acompaña a Pablo (He 20,4). Este le envía una carta a Éfeso (1 Tim 1,3), donde tiene un cargo en la comunidad; y más tarde una segunda carta, en la cual recuerda con emoción las lágrimas de la despedida (2Tim 1,4). El hecho de que Pablo recuerde la fidelidad de Timoteo en sus pruebas nos explica por qué este vínculo de amistad (cf Flp 2,19-23) indujo a Timoteo a encontrarse a su lado durante el primer encarcelamiento y que el mismo apóstol, prisionero por segunda vez, le llamara a Roma. No se sabe cuándo recibió Timoteo la imposición de las manos (tal vez haya una alusión a ello en 1Tim 6,12: "hiciste hermosa confesión ante muchos testigos"). No consta que muriera mártir. Probablemente falleció en Éfeso. Se le ha atribuido falsamente el "Corpus Dyonisiacum" (siglo VI) a Timoteo. Sus reliquias, en el siglo IV, fueron transportadas a la basílica de los Apóstoles de Constantinopla, construida por Constancio; en 1238 se atestigua su reposición en la catedral de Termoli tras el hallazgo del cuerpo en 1945. *(textos de E.Lodi)*

Tito, también convertido a Cristo durante el primer viaje misionero de Pablo, al ser de familia pagana, acompañó a Pablo y Bernabé a Jerusalén (Gál2,1-3), donde Pablo se opuso resueltamente a quienes querían que fuera circuncidado por provenir del paganismo. Cuando Pablo dice que al pasar por Tróade desea ver a Tito, «mi hermano» (2Cor 2,13), revela una gran confianza en este discípulo, que sirvió de intermediario entre Corinto y Pablo para restablecer la concordia entre esta Iglesia y el apóstol (2Cor 7,5-7). Al ponerlo al mando de la comunidad de Creta, Pablo lo llama «mi verdadero hijo en la fe común» (Tit 1,4). Pablo volvió a escribirle para que le acompañara a Nicópolis, en Epiro; probablemente desde allí le envió a Dalmacia, donde es venerado de modo particular. Según la tradición, la muerte de Tito sobrevino en su Iglesia de Creta y a edad avanzada. Según la leyenda (siglos VI-X), habría sido uno de los discípulos que estuvieron presentes en Pentecostés y habría muerto a los noventa y cuatro años. Su cuerpo, trasladado desde Gortyna a San Marcos de Venecia (1669), fue devuelto a la iglesia metropolitana de Heraclea (antigua Creta).

La exhortación de la *Colecta* a que «llevemos una vida honrada y religiosa» se convierte hoy en un motivo de fidelidad al sentido escatológico de la vida cristiana, como prosigue en la cita del texto la misma antifona, haciendo referencia a la «dicha que esperamos: la aparición del Señor». La carta a Tito, que contiene consejos de comportamiento personal para el discípulo (Tit 2,7: «preséntate como ejemplo de buenas obras»), ha de interpretarse como una acentuación de tipo litúrgico. A través de esta frase, que sintetiza todo el programa de vida cristiana, porque en dos adjetivos («honrada y religiosa») condensa nuestro compromiso temporal con la tonalidad de la vigilancia de cara a la patria celeste (o, mejor, a la venida escatológica del Señor), este compromiso vital se convierte en punto de referencia de la moral mística, en lugar de esa otra moral preceptista o preferentemente pragmática. La justicia, en el sentido bíblico, va acompañada por el amor filial (es el adverbio de la pietas); es decir, por la esperanza de la patria y por el amor que transfigura los preceptos en yugo dulce y llevadero.

